

# LAS ESTRATEGIAS DE LEGITIMACIÓN DE LA DERECHA HISPANO-CUBANA PARA CON LA ESPAÑA FRANQUISTA: LA ACCIÓN Y EL DISCURSO (1936-1939)

Katia Figueredo Cabrera  
Universidad de La Habana

**Resumen:** Este trabajo analiza el desarrollo asociativo de las diferentes microfracciones de la derecha hispano-cubana vinculadas con la guerra civil española. En igual sentido recrea el impacto del Decreto de Unificación para el grupo conservador residente en la mayor de las Antillas y el surgimiento, por consiguiente, de la FET y de las JONS de Cuba, una nueva forma de sociabilidad política que activó las actividades pro franquistas en la isla hasta el final de la contienda. El artículo cierra con un estudio comparativo de los móviles teóricos de ambas derechas, afines con los preceptos programáticos del fascismo genérico.

**Palabras clave:** Guerra civil española, Cuba, FET y de las JONS, Derecha hispano-cubana, Comité Nacionalista Español, Fascismo, Falangismo.

**Abstract:** This investigation analyzes the associative development of the different microfactions of the hispano-cuban right linked to the Spanish Civil War. In the same sense it recreates the impact of the Decree of Unification for the conservative group resident in the largest of the Antillies and the rise of the FET and of the JONS in Cuba, a new form of political association that activated the pro-Franco activities in the island until the end of the conflict. The article closes with a comparative study of the theoretical tools of the hispano-cuban right, according to the programatic precepts of generic fascism.

**Key words:** Spanish Civil War, Cuba, FET and of the JONS, Hispano-Cuban right, Spanish Nationalist Comitee, Fascism, Falangist

## 1. Introducción

La Guerra Civil española, aunque en su momento se describió como el tema más controvertido de la Cuba republicana después de la Revolución rusa, exhibe perceptibles lagunas investigativas en la mayor de las Antillas. En líneas

generales, los estudios cubanos han paralizado la mirada en el exilio republicano, en la labor insular de las fuerzas progresistas a favor del Frente Popular y en la brigada de voluntarios, haciendo especial énfasis en la figura de Pablo de la Torriente Brau. Por consiguiente, la otra cara de la problemática española, es decir, los que desde la isla hicieron causa común con los golpistas hispanos durante la contienda peninsular, permanece en el terreno poco explorado de la producción historiográfica nacional que ha reconstruido la historia de la guerra civil desde la izquierda.

En función de tales insuficiencias, este trabajo analiza la sociabilidad de la derecha hispano-cubana a través de dos agrupaciones emblemáticas: el Comité Nacionalista Español (CNE) y la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS) de Cuba, hija del Decreto de Unificación aplicado en la isla en agosto de 1937, cuya actuación validó el éxito asociativo del grupo conservador hasta el final de la guerra. En conjunto con estas asociaciones se aborda también la efímera actuación de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), la Casa de España y la Comisión Pro Ejército Salvador de España, en la mayor de las Antillas.

El trabajo cierra con un estudio comparativo sobre los componentes discursivos de la derecha hispano-cubana, que interpretó la guerra civil como una cruzada destinada a liberar a España de las «hordas ateas» de Moscú. La ausencia de antecedentes al respecto requirió la consulta de periódicos de la época como el *Diario de la Marina* y *El Avance Criollo*; de las revistas *¡Arriba España!* y *Ecós de Belén*, además de los fondos *Registro de Asociaciones*, *Secretaría de Estado* y *Especial* del Archivo Nacional de Cuba.

## **2. Situación de los españoles fascistas residentes en Cuba hasta los preludios del Decreto de Unificación**

Los primeros impactos del drama español en Cuba se reflejaron de forma escéptica e imparcial en la prensa nacional. No obstante, la regla tuvo por excepción al *Diario de la Marina*, rotativo que transitó de la postura pacífica a la identificación plena con los rebeldes, inmediatamente después de que Emilio Mola Vidal, jefe de las fuerzas rebeldes de Navarra, definiera el carácter antimarxista y nacional del movimiento.

De manera gráfica, tal sentir no tardó en ser ratificado por su director, José Ignacio Rivero Alonso, a su regreso de España y de paso por la ciudad de Nueva York. Sin haber pisado aún suelo cubano, circulaba por el país su fotografía vestido de requeté y unas declaraciones a una agencia de prensa norteamericana: «No dudo en calificarla de libertadora del marxismo, y va camino de triunfar sin que nada ni nadie pueda impedirlo [...]. Vengo espeluznado de ver los horrores que han cometido en donde quiera que establecieron sus fueros estas hordas marxistas y anarquistas; espeluznado, pero no extrañado».

El criterio autorizado de Pepín Rivero ratificaba el quehacer del director interino Rafael María Angulo Mendiola, quien para ese entonces había abierto las puertas del Decano de la Prensa a los representantes de la CEDA en Cuba. A fin de desvirtuar erróneas interpretaciones, este centro –primero de su tipo en Hispanoamérica desde el mandato del conservadurismo republicano en España–, notificaba que «no tiene que ver, que no ha formado ni le interesa formar contacto alguno con Falange Española en Cuba».

La parquedad de la nota evidenciaba, por un lado, la llegada a suelo cubano de una de las más notables querellas políticas de la Segunda República española, y, por otro lado, revelaba a menos de dos semanas de iniciada la contienda, la existencia en la isla de la asociación FE de las JONS de Cuba, entidad con un pobre expediente en el Archivo Nacional de Cuba y en el cual sólo consta su inscripción y asentamiento: 9 de julio de 1936, libro 20, folio 249, expediente n.º 9465.

De cualquier manera, se ha podido constatar que pese a su originalidad y temprana creación, la agrupación no gozó de las prebendas divulgativas del *Diario de la Marina* y funcionó alejada del control peninsular, por la imposibilidad de José Antonio Primo de Rivera, líder de la FE de las JONS en España, de expandir las influencias del partido fuera de la frontera ibérica, con excepción de la Falange de Milán, creada en 1935.

Lo anterior explica las escasas noticias llegadas hasta nuestros días de la primera colectividad falangista en la nación antillana y su carácter secundario en el Boletín n.º 1 del Círculo Español Socialista (25 de julio de 1936), cuando se calificó de fascistas a los españoles seguidores de José María Gil Robles, el dirigente de la CEDA en España. Pero conforme avanzó el conflicto, el impacto secundario de la FE de las JONS en la sociedad cubana se transformó en una cuestión neurálgica para el Partido Comunista de Cuba, al solicitar el 4 de noviembre de 1936 su prohibición al presidente de la República, Miguel Mariano Gómez Arias, por considerarla una organización fascista.

Sin embargo, este reclamo respondió más a una señal de alerta que al impacto real de la presencia de los pioneros del falangismo en la mayor de las Antillas, cuyo nacimiento –privado del amparo peninsular– obligó a José Antonio Avedaño González (presidente), Alfonso Serrano Vilariño (vicepresidente y secretario general), Eleuterio Ozores Peláez (tesorero), José López González (vice tesorero), Manuel Santirso Laviada (vicesecretario general) y los vocales Raúl Novo Fernández, Antonio Serrano Vilariño, Ramón Pérez González y José Vega Zurdo, a recluirse en el domicilio temporal de la Manzana de Gómez n.º 570 y resistir los embates de las JONS de la FE de Cuba, presidida por el comisionista santanderino Francisco de la Vega González.

Diferenciada de antemano por su nombre –requisito exigido en el artículo n.º 8 de la Ley de Asociaciones– y protagonista de un cambio de coyuntura –comienzo de la guerra civil y encarcelamiento en la ciudad republicana de Alicante de Primo de Rivera–, la nueva entidad se subordinó de inmediato a Manuel Heddilla Larrey, jefe interino de la Junta de Mando Provisional de la FE de las JONS

de Burgos, lo que le valió en los primeros días de octubre de 1936 el reconocimiento legal y la total anuencia para operar dentro del territorio nacional.

Una vez asentada en el libro 20, folio 293, expediente n.º 9578, Francisco de la Vega González instaló sus oficinas en la Manzana de Gómez n.º 562, donde compartió funciones con Joaquín Pertierra Fernández (vicepresidente), Jorge de Vera Garrido (secretario), Fernando Teijeiro González (vicesecretario), Bernardo Collado Otero (tesorero) y José María de la Serna Carral (vicetesorero), además de los vocales Francisco Álvarez García, Manuel Pertierra Fernández, Inocencio Rodríguez González, Remigio Feito Lana, Manuel González López, José Rodríguez Dans, Carlos García Renta, Inocencio Puente Caballero, Emilio Ruiz Trueba y Julio de la Serna López-Para.

Como rasgo propio resalta el origen hispano de todos los integrantes de las JONS de la FE de Cuba, en su mayoría empleados de firmas y establecimientos españoles, siendo menos notable su condición de socios, apoderados y propietarios; estatus económico que contrasta con las aseveraciones de la historiadora Consuelo Naranjo: «Toda la documentación sobre Falange aparecida hasta el momento señala como miembros del partido a las élites cubanas y españolas, grandes propietarios y comerciantes, incluso algunos de éstos cubanos con cargos políticos, y al clero católico» (Naranjo Orovio, 1988: 25).

De hecho, la escasa relevancia de sus miembros en la vida socioeconómica y política de la isla, así como la incapacidad de la Junta de Mando Provisional de la FE de las JONS de España para encauzar sus actividades en el exterior, los convirtió temporalmente en un grupo minoritario que, sin ser centro de interés del gobierno, procuraba la cooperación económica de: «Todos los que sienten simpatía por las huestes que están defendiendo, con honor de España, la liberación de la humanidad de las hordas comunistas, deben prestar su ayuda a los falangistas, que tan heroicamente están secundando al mil veces glorioso ejército español».

En sentido general, la diarquía imperante entre la FE de las JONS y las JONS de la FE conspiró contra la unidad y las contribuciones monetarias de los falangistas insulares, lo que explica que al expirar 1936, Jorge de Vera Garrido, líder para ese entonces de las JONS de la FE, reportara a la península 872 pesos y 600 pesetas, uno de los montos más bajos de los seis años de existencia de la entidad.

Es evidente que entre los hispanos establecidos en Cuba también se reflejaron las rivalidades políticas de la España insurrecta, en proceso de reajuste tras un golpe militar devenido lucha civil. La Falange, escindida territorialmente y carente de un auténtico liderazgo político e ideológico, buscaba otorgarle al partido un mando con autoridad sobre la zona dominada por los sublevados; mientras, los militares se reagrupaban en torno a la Junta Técnica del Estado al mando omnímodo de Francisco Franco Bahamonde.

Desinformada y distante de los cambios peninsulares, la derecha hispana residente en la mayor de las Antillas se aferraba a sus líderes naturales. Sin

reconocer otra autoridad, la filial de la CEDA en Cuba ratificaba su adhesión a José María Gil Robles, quien desde Portugal instaba a unirse a Franco. Con similar proceder, en el domicilio social de las JONS de la FE en la Habana Vieja ondeaba a media asta la bandera roja y negra como acto de protesta por la ejecución de José Antonio Primo de Rivera. Y sólo la Comisión Pro Ejército Salvador de España nacía con el consentimiento de la Junta Técnica del Estado para ayudar moral y materialmente al nuevo poder establecido en la zona insurgente.

Sin embargo, pese a la diversidad de tendencias existentes, la realidad de la guerra ubicó a los falangistas de la España alzada en uno de los principales escaños de preferencia al declinar 1936. Su inapreciable contribución con hombres a las fuerzas rebeldes, además de la subordinación de Manuel Hedilla Larrey al poder militar, le otorgó al partido una relativa estabilidad y la prerrogativa de actuar en el frente, en la retaguardia y en el exterior mediante la prensa y la propaganda, rigurosamente controladas por la jefatura castrense.

A inicios de 1937, el alcance de estas prebendas llegó al continente americano y, de manera particular a la isla, para dar vida a la Sección de Propaganda de las JONS de la FE de Cuba y a su programa *Falange Española*. Enfrascado en la consolidación organizativa allende el Atlántico, en marzo de 1937 Hedilla Larrey envió a Cuba a Gregorio Prendes Díaz, falangista de Oviedo, para tratar de unir las dos asociaciones existentes: la FE de las JONS y las JONS de la FE.

Prevista o casual, su llegada coincidió con el cese de Domingo Barnés Salinas como embajador de la República española en la isla, coyuntura testigo de una tolerancia gubernamental ilustrada por el propio Prendes Díaz en carta a Salvador R. Tabanera, un amigo suyo en España: «... Todos los días estoy invitado a comer y a hablar por radio. Aquí todo pasa. Cualquier vulgaridad se puede soltar impunemente. Estoy organizando la Sección Femenina, que va tomando un incremento brutal. Ya les he enseñado el himno».

En contraste con la anuencia estatal y la realidad peninsular, los hechos demostraban que la efectividad militar del mando único en España se debilitaba fuera de sus fronteras. En mayo de 1937, Constantino Alonso Torres organizaba la asociación Amigos de Gil Robles en Cienfuegos, luego de su separación de la matriz central de la CEDA, radicada en La Habana, e invitaba a José María Gil Robles a visitar la isla para legalizar su poder; mientras, otro grupo creaba en la capital cubana la Casa de España con el objetivo de unificar a todos los españoles de derecha «sin determinado matiz político para... ayudar al resurgimiento de las actividades patrias en todos los órdenes; bajo un solo pensamiento y con esta única finalidad: ESPAÑA».

Dentro de este cuadro de fuerzas muy polarizadas, la labor propagandística de la FE de las JONS de Cuba fue notablemente significativa entre las agrupaciones hispanas de la derecha. A mediados de 1937, las charlas radiofónicas comenzaron a reproducirse en la revista falangista *¡Arriba España!*, dirigida por Arturo Esteban de Carricarte García, su primer director. Con él compartieron

pluma el padre jesuita José Rubinos, Francisco de la Vega y Francisco Bravo, secretario de la Junta de Mando Provisional de la FE de las JONS de España.

Como señal de gratitud y complacencia, todos apostaron por el resurgir de una España nueva convencida de su misión providencial en el mundo, especialmente en las antiguas posesiones coloniales del continente americano. El rechazo hacia cualquier línea de pensamiento contraria al reconocimiento de la Madre Patria como redentora de la civilización occidental, explica las imputaciones realizadas a los «derrotistas pseudo-intelectuales» de la generación del 98 que, «a fuerza de denigrar a España, habían hecho perder la fe en ella, en su capacidad nacional y en sus destinos...».

La tarea de revivir la confianza interna de la nación y los anhelos por el retorno a los siglos de esplendor tenía para ellos un líder y un discípulo: José Antonio Primo de Rivera y Manuel Hedilla Larrey, lo que evidencia el carácter secundario de la figura de Francisco Franco frente al protagonismo de Hedilla Larrey. El ejemplar de mayo de 1937, el único existente en la isla durante el primer año de la guerra, reflejó también la voluntad solidaria de la FE de las JONS de Cuba con el conflicto civil, entendido como necesario y, a todas luces, excluyente: «Los marxistas no son españoles, como no son de ninguna parte; no tienen patria...».

Al margen del interés particular de los facciosos por mantener hermanados a todos los simpatizantes de la mayor de las Antillas, a través del manejo de un discurso antimarxista, la capacidad divulgativa y organizativa de la FE de las JONS de Cuba distaba todavía de tener un importante poder de movilización. Durante junio y julio de 1937 sólo había logrado abandonar el estrecho recinto de la Manzana de Gómez (Habana Vieja) y celebrar junto al Comité Nacionalista Español dos actos de carácter religioso en la catedral de la Habana y en la iglesia del Carmen: la misa por el general Emilio Mola Vidal, víctima de un accidente de aviación, y el responso por los muertos en la guerra en su primer aniversario, respectivamente. Como se observa, luego de un prolongado período de expectativa, la casa de Dios comprometía públicamente su imagen con los defensores de la tradición católica y devenía asimismo espacio de sociabilidad del conservadurismo hispano-cubano. Para el clero español radicado en Cuba, la incertidumbre de los primeros momentos empezaba a ser despejada tras la publicación de la encíclica *Divini Redemptoris* y la *Carta colectiva de los obispos españoles*, el más claro y decidido respaldo de la iglesia a la «guerra santa».

En cambio, las máximas autoridades cubanas continuaban reacias a mediar en los excesos religiosos y en las «locuras colectivas» propias de la contienda civil, al extremo de desatender las súplicas de Antonio López de Santa Anna, padre jesuita de Vigo, y las gestiones de Luis Bas Molina, cónsul cubano en aquella ciudad, para liberar a 28 profesores de la Universidad Pontificia de Comillas y negociar su traslado al extranjero.

Así pues, mientras de cara al exterior el gabinete ministerial de Federico Laredo Bru salvaguardaba la imagen de la nación desentendiéndose de los problemas domésticos de España, al interior de la sociedad el *laissez-faire* de la

política cubana preparaba el terreno a Francisco Franco para la importación del modelo tradicional de partido único: la FET de las JONS, organización que brindaría amplia ventajas a los falangistas, que para ese entonces contaban únicamente con rivales aparentes.

En mayo de 1937, la Junta General Extraordinaria de la CEDA, radicada en La Habana, acordaba, por disposición de Gil Robles, el cese de sus actividades. En tanto la Casa de España, al amparo de una pequeña columna en *El Avance Criollo*, mostraba la incapacidad de aunar las fuerzas necesarias para enfrentar a la FE de las JONS, fortalecida gracias al apoyo del influyente *Diario de la Marina*, la revista *¡Arriba España!* y el programa radial nocturno *Falange Española*.

### 3. 1938-1939: La «era azul» en Cuba

Aunque resulta pretencioso determinar el comienzo de la «era azul» en Cuba, asumimos como fecha tentativa el 27 de julio de 1937, cuando Gregorio Prendes Díaz, designado de antemano delegado de la Junta de Mando de la FET y de las JONS de España en Cuba, notificó en las páginas del *Diario de la Marina* el deber de afiliación de todos los españoles de derecha a la Falange unificada.

Pero más allá del sometimiento obligatorio, las luchas por el poder lastraron de manera temporal la implementación de la estructura dictatorial en la isla. Pocos días después de la publicación del aviso, Miguel Espelius Pedroso, representante oficioso de Francisco Franco en Cuba, quien había mostrado total indiferencia por las actividades falangistas dentro del territorio nacional, hacía pública sus desavenencias con Prendes Díaz al informar que: «... la inscripción de los españoles en las listas de asociados de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS no es obligatoria, si bien hacerlo constituye un deber moral para los simpatizadores de la misma...».

Sin embargo, a pesar de las discrepancias latentes, que posteriormente la zona insurgente se encargaría de resolver subordinando la agrupación falangista al representante diplomático, el entusiasmo entre sus afiliados se mantuvo en ascenso hasta el final de la guerra. El plazo de suscripciones tuvo que prorrogarse como resultado del crecido número de adhesiones y, de inmediato, el vapor *Orinoco* habilitó plazas para Gregorio Prendes y un grupo de jóvenes decididos a unir su suerte a la del Caudillo.

Desde luego, ya no se trataba de la espontaneidad de unos pocos simpatizantes huérfanos de un verdadero líder. A partir del 18 de agosto de 1937, la suerte quedó echada luego de la aprobación del reglamento de la FET y de las JONS de Cuba por el gobierno provincial de la Habana, y su asentamiento, una semana después, en el Registro Especial de Asociaciones.

La nueva organización se definió como una asociación política que a través del estudio, la propaganda y la sindicación laboraría en aras de «Primero, devolver al pueblo español el sentido profundo de una indestructible unidad de destino y la fe resuelta en su capacidad de resurgimiento. Segundo, a implantar

en España la justicia social sobre la base de una organización económica integradora, superior a los intereses individuales de grupos y clases».

En la escala de prioridades, la «unidad de destino», entendida como el retorno histórico a los siglos de esplendor y legitimación del carácter ecuménico de España, distaba por completo –en opinión del administrador de la revista *¡Arriba España!*, Sergio Cifuentes González de Posadas (camarada Chuchi)– del imperialismo de conquista y de explotación. La voluntad de Imperio sólo pretendía extender hasta América las alas del nuevo espíritu español: la religión, la ciencia y la cultura para crear un sentimiento capaz de «amar a España en donde pueda existir un vestigio de su pasado».

En esta nueva etapa, considerada por algunos especialistas como el comienzo del franquismo en España, los cargos directivos fueron Juan Muñiz Vallín (secretario general), Bernardo Collado Otero (delegado de la Sección Femenina), Rafael Piñero del Villar, (delegado de Prensa y Propaganda), Norberto Soliño Fernández (delegado de Administración), y Jesús Humara Lastra (delegado de Investigación).

Todos, integrantes de la Junta Directiva, debían obediencia al delegado de la Junta de Mando de España capacitado para designar o destituir a sus subordinados y proponer al centro matriz las reformas reglamentarias. Al igual que las JONS de la FE, sus miembros eran de origen hispano vinculados a firmas o establecimientos españoles como empleados y comerciantes, al parecer minoristas o detallistas, siendo menos relevante su condición de socios, apoderados y propietarios.

Revitalizada entonces la plataforma falangista en Cuba, Franco reforzó en la isla el alcance radial de las emisoras de Tetuán y Canarias, además de los programas radiofónicos *Hora Hispanoamericana* y *Hora de España*, este último particularizado por la retransmisión cada tarde de una charla del general Gonzalo Queipo de Llano. Gran impacto alcanzó también la labor proselitista de Julio de la Torre, capitán de las tropas franquistas que, a mediados de octubre de 1937, visitó La Habana como vocero de los ideales de la «nueva España» en formación.

Por igual fecha, la nación caribeña reciprocó los gestos en la figura de Agustín Parlá Orduña, inspector general de los aeropuertos de Cuba y primer aviador cubano. En su periplo por algunas de las ciudades más importantes de la zona nacionalista intercambió impresiones con Queipo de Llano en Sevilla, en Toledo con su alcalde, y en Salamanca con los principales directivos de la ya nombrada FET y de las JONS.

Este panorama de recepción mutua justificó, en buena medida, las libertades concedidas a Alejandro Villanueva Plata una vez asumido el cargo de delegado de la Junta de Mando de la FET y de las JONS de España en Cuba, algunas de cuyas primeras manifestaciones fueron el encuentro conciliatorio con Miguel Espelius Pedroso, el mensaje de salutación a los españoles vinculados con la «cruzada» y la entrega a José Ignacio Rivero Alonso del escrito de José del

Castaño Cardona, delegado del Servicio Exterior de la FET y de las JONS en España, por «haber sabido comprender la grandeza de nuestra causa».

Interesa resaltar que todos estos actos se realizaron días después de la publicación en la *Gaceta Oficial de la República de Cuba* del Decreto presidencial n.º 3411 (3 de diciembre de 1937), por el cual se declaraban ilícitas las actividades de asociaciones destinadas a ayudar moral o materialmente contiendas bélicas en países extranjeros.

De esta suerte «providencial», 1938 abrió sus puertas a los acordes de la triunfal marcha falangista. A inicios de ese año, Villanueva Plata y Espelius Pedroso organizaron en conjunto con el Comité Nacionalista Español homenajes a José Ignacio Rivero Alonso y Agustín Parlá Orduña. El 14 de mayo agasajaron en el Plato Único a Alemania e Italia por haber brindado su «apoyo moral a la causa que tiene por caudillo al Generalísimo Franco», y el 17 de julio presenciaron la tradicional misa anual en el Colegio de Belén por el «sufragio del alma de todos cuantos han ofrendado su vida por Dios, por la Patria y por la Civilización y para conmemorar la fecha gloriosa en que comienza el tercer año triunfal de liberación».

Este nuevo impulso falangista –resultado del alto nivel organizativo de la asociación y de las atentas miradas de José Luis Ruano, inspector de la FET y de las JONS de España en las Antillas y en América Central– se consolidaría hasta el final de la guerra con actos y visitas a la isla de importantes personalidades de la España franquista.

Cítense a modo de ejemplo la llegada de Eugenio Montes Domínguez, consejero de Franco, y de Samuel Ros, delegado de Prensa de la FET y de las JONS en España (septiembre de 1938); la transmisión especialmente destinada a Cuba de una alocución del Caudillo con motivo del segundo aniversario de su exaltación a la jefatura del gobierno (octubre de 1938), la invitación de Alejandro Villanueva Plata a la misa *por el alma de José Antonio Primo de Rivera* (19 de noviembre de 1938) y la actividad del Plato Único por el «comienzo del amanecer en la península» (19 de febrero de 1939).

#### **4. El Comité Nacionalista Español: bastión del conservadurismo hispano-cubano**

Dentro del amplio matiz asociativo del conservadurismo insular, la solidez como grupo del Comité Nacionalista Español (CNE), primero Comité Recaudador de Fondos para el Gobierno Nacionalista de Burgos, resultó ser sin duda lo más llamativo del escenario cubano durante los años de la guerra civil española, gracias al distanciamiento de las tendencias partidistas, que hasta agosto de 1937 mantuvieron debilitada la derecha española residente en la mayor isla del Caribe. Esta particularidad motivó la integración de algunos cubanos y miembros disidentes del cuerpo diplomático español, así como influyentes figuras de la colonia hispana, decididos a socorrer a los rebeldes amparados por la «apolítica» Junta de Defensa Nacional de Burgos.

Segundo en la escala de los agrupamientos del grupo conservador de Cuba, después de las JONS de la FE –pues la FE de las JONS y la CEDA existían antes del 18 de julio–, la fundación del CNE se remonta al 24 de septiembre de 1936, y aunque fue fruto del empeño de un cubano y de un español –el hacendado Elicio Argüelles Pozo y el diplomático Juan M. Adriaensens García Vidal–, la idea original fue concebida en España por la reconocida dama de la aristocracia habanera María Josefa Argüelles Díaz Pimienta, marquesa de Argüelles, medio hermana de Argüelles Pozo.

Con domicilio social en los altos del Banco de Comercio (Habana Vieja), Elicio Argüelles compartió funciones con el senador José Manuel Casanova Diviñó, el diplomático español Miguel Espelius Pedroso, el periodista José Ignacio Rivero Alonso y el general de división y miembro del ejército colonial hispano Federico de Monteverde Sedano, todos miembros de la Junta Directiva y presidentes de Honor de la colectividad. Asimismo, la representación legal en la península se le confió a la marquesa de Argüelles, facultada para tramitar los envíos cubanos al cuartel general de Salamanca.

Aunque de manera gráfica la repartición de los poderes centrales en el CNE –tres cubanos y dos españoles– sirvió de plataforma a Elicio Argüelles Pozo para reforzar en sus intervenciones la hermandad hispano-cubana y la heterogeneidad de la entidad, en la práctica los españoles terminaron por detentar los puestos clave y aventajar en organicidad a sus «hermanos» falangistas.

Por los resultados obtenidos en la labor heurística se puede afirmar que la Junta Directiva y el consejo de vocales estuvieron ocupados en su mayoría por comerciantes «especializados», como señala García Álvarez (1990), es decir, un estrato intermedio entre el comerciante polivalente y el minorista o detallista, dedicado al almacenamiento e importación de víveres, ferretería, tejidos, joyería..., y en determinados casos a la exportación de café, azúcar y tabaco.

Al margen de esta preeminencia y de las sorprendentes sumas monetarias enviadas a la península, constancia del poder adquisitivo de sus afiliados, es aventurado suponer que formaban un bloque uniforme de comerciantes. La posibilidad de suscribir cuotas mensuales de veinte centavos en adelante, a cambio de la inscripción como socios protectores, desecha el criterio generalizado del bando contrario, y continuado por los estudiosos del tema, de vincular la alineación con los rebeldes hispanos a un fenómeno de carácter económico. Así y todo, el calificativo de «señorones» prevaleció a los ojos de las JONS de la FE, reticente a integrarse con otras colectividades, pero dispuesta a colaborar en aquellas empresas de carácter general favorables al movimiento nacional, según instrucciones de Manuel Hedilla Larrey a Jorge de Vera, el 16 de noviembre de 1936.

En consecuencia, la ausencia de una temprana vertebración asociativa sumergió la derecha hispano-cubana en luchas intestinas que –cual proceso de selección natural– apartaron a los más débiles y potenciaron a los más fuertes en la sutil querrela por el poder. Silenciada a medias, la CEDA conservó su unidad hasta mayo de 1937, en tanto la Comisión Pro Ejército Salvador de España,

de exigua vida, sólo alcanzó a enviar un mensaje de felicitación a José Millán-Astray y confeccionar un álbum de firmas para solicitar del gobierno el reconocimiento de Francisco Franco. Como resultado, la depuración dejó el terreno libre a los falangistas y al CNE.

Con posibilidades reducidas, la organización falangista afrontó el desafío gracias al permanente monitoreo de Manuel Hedilla Larrey y su interés por zanjar la diarquía reinante en Cuba. En otra parte de la ya citada carta de Gregorio Prendes Díaz a un amigo suyo en España, aquél apuntaba:

«Aquí hay mucho trabajo por hacer [...] Habían dos Falanges, peleadas una contra otra, naturalmente, y, como consecuencia, una tercera agrupación, llamada Comité Nacionalista, que es el que se lleva el dinero y lo manda ahí por medio de la marquesa de Argüelles. Ya supondrás cuál es mi labor. Unir las dos Falanges y comerle el terreno al Comité».

A pesar de la irrelevante atención que desde los inicios mostró Franco por sus simpatizantes en Cuba, circunscrita a simples cablegramas de salutación, la gestión de Prendes Díaz resultaba en extremo difícil. Para enero de 1937, el CNE daba muestra de una cohesión excepcional al remitir veinte mil dólares al cuartel general de Salamanca e inaugurar dos emisiones radiofónicas: *Hora Nacionalista Española* y *Del Momento Nacionalista Español*, cuyas charlas se reproducían en las páginas del *Diario de la Marina*.

Bajo la conducción de Francisco J. Almodóvar, hicieron uso del micrófono en este último programa: José Ignacio Rivero Alonso, la marquesa de Tiedra, Federico de Monteverde y el padre José Rubinos, entre otros. En líneas generales, todos ellos defensores de un ideal fraguado sobre la marcha, coincidieron en una crítica férrea al orden institucional republicano y depositaron en el triunfo de las fuerzas insurrectas el advenimiento de una fase superior abocada a lograr el reconocimiento de la personalidad histórica de España, a borrar para siempre la huella «malsana» de la influencia moscovita y a realzar los valores cristianos y las tradiciones españolas.

En ascenso permanente para la primavera de 1937, el CNE despuntaba por su amplia labor publicitaria y propagandística: emisión de sellos postales con la bandera roja y gualda, edición y venta del libro *Franco*, de Joaquín Arrarás Iribarren, y la distribución gratuita de 20.000 ejemplares de la obra colectiva *España y el nacionalismo*. En un ambiente de plena cohesión, su presencia se hacía sentir con fuerza en Matanzas, Santa Clara y Camagüey, filiales apadrinadas por la Iglesia católica local y los miembros disidentes del cuerpo diplomático, lo que motivó a Gregorio Prendes Díaz a romper con el cerco de las hostilidades y solicitar el 26 de abril de 1937 en Cienfuegos, una de sus dependencias más emblemáticas, la cooperación de todos los presentes con la causa franquista.

Sin embargo, frente a la aparente distensión entre el CNE y la FE de las JONS de Cuba –consecuencia de la vertebración política en la España rebelde–, el CNE se mostró escéptico y eludió comentarios que pudieran comprometer su imagen «apolítica».

Los falangistas, en cambio, obviaron la frialdad de los «nacionalistas» cubanos y reciprocaron la cortesía de abril con la invitación a la misa por los muertos en la guerra y por el general Emilio Mola Vidal. Desde luego, el ritmo de los acontecimientos evidenciaba que Gregorio Prendes, lejos de restarle poder al CNE, deseo expresado en su carta citada, había decidido afiliarse a los actos de la entidad en términos de paz y concordia.

En espera de la aplicación del Decreto de Unificación en Cuba, el delegado salmantino no tenía más opción que aliarse momentáneamente al único grupo de derecha que con particular brillo destacaba por sus considerables aportes monetarios a las huestes franquistas. Al respecto informaba el periodista León Ichaso Díaz: «En un año el Comité ha recaudado en metálico \$226.843,16, 146.063,60 pesetas y 100 francos. De esta cantidad ha remitido al Gobierno de Burgos la cantidad de \$190.041,68 y 134.822,50 pesetas y 100 francos».

Esta inigualable capacidad de recaudación, no exclusiva de Cuba, es una de las hipótesis manejadas por los historiadores españoles para explicar la coexistencia en América Latina de algunos comités con la FET de las JONS. También se ha señalado como otra de las posibles razones de su autonomía, la negativa de esas entidades para fusionarse con la filial del partido franquista, alegando su carácter apolítico y, por lo tanto, la no inclusión en el Decreto de Unificación.

Si bien ambos supuestos pudieran aplicarse al caso cubano, el silencio periodístico induce a pensar que todo se realizó como un pacto entre amigos y por un objetivo común: Francisco Franco. No obstante, aun cuando la fraternidad dio muestras notorias de amistad verdadera hasta el final de la guerra, el CNE nunca se integró a la Falange.

## 5. Los impactos del Decreto de Unificación

Conservada entonces su independencia como asociación, los «nacionalistas» criollos brindaron a sus nuevos aliados –los falangistas– un espacio radial en *La Voz del Aire*, participaron en el recibimiento al capitán Julio de la Torre, e invitaron a la alta dirigencia falangista a celebrar junto al primer aniversario del CNE la despedida de Federico de Monteverde Sedano, quien con 73 años de edad partía hacia España para incorporarse al «glorioso ejército franquista». En este sentido, cabe destacar también el protagonismo del CNE en la actividad de Plato Único, primer banquete amistoso y público de la derecha hispano-cubana, programado para el 20 de noviembre de 1937, con el objetivo de «recaudar fondos que refuercen los que vienen recibiendo con destino al aguinaldo del soldado español...».

Contrario a los fines enunciados, la presencia de diplomáticos de Alemania, Italia, Portugal, Guatemala, Nicaragua y El Salvador –naciones que habían reconocido la España alzada– descartó como única finalidad el interés colector en pro del aguinaldo al soldado español. La cita fue aprovechada, además, para fomentar una campaña de reconocimiento a Franco con motivo de la segunda propuesta de mediación de la República Oriental del Uruguay. En palabras del

periodista Antonio Gornes, miembro de la Sección de Propaganda del CNE, para «la América española reconocer a Franco debe ser la palabra de orden».

En consecuencia, estas actitudes convertían al CNE en un vehículo socio-transmisor de los anhelos políticos de la organización falangista, incapacitada para inmiscuirse en cuestiones políticas por su condición «apolítica, en relación con los regímenes de las naciones donde se desenvuelven sus actividades» y con el deber de «ser profundamente respetuosa con las leyes del Estado que les acoge con generosa hospitalidad», según orientaciones de José del Castaño Cardona, delegado del Servicio Exterior de la FET y de las JONS en España.

De modo revelador, esta conjunción de fuerza entre la FET y de las JONS de Cuba y el CNE evidenció el fortalecimiento del grupo conservador, gracias al acierto de la España insurrecta de mantener a ambas entidades en el escenario antillano y a la propia realidad cubana: exclusión de la FET y de las JONS del Decreto presidencial n.º 3411 y las atipicidades que como agrupación presentó el CNE.

La ausencia de un reglamento y de la ley de bases o estatutos –requisitos indispensables para el asentamiento en el Registro de Asociaciones– convertía al CNE en una institución fuera del alcance legal y, por consiguiente, del mencionado decreto de ilegalización, lo que no impidió que Elicio Argüelles Pozo, a tono con la propuesta cubana de mediación en el drama español, suspendiera la columna *Del Momento Nacionalista*, limitara la participación pública del Comité y proyectara sus nuevas actividades hacia una «empresa altamente humanitaria y completamente desligada aun del más remoto partidismo; el de auxilio a los niños pobres y desamparados cubanos», es decir, la colecta Pro Aguinaldo de Pascuas para los niños pobres de La Habana, idea del propio presidente en el Plato Único del 20 de noviembre de 1937.

Al margen de la negativa de Argüelles Pozo a participar en actos públicos, los acontecimientos posteriores a 1937 mostraron un CNE reducido a sus funciones iniciales por la centralización de Miguel Espelius Pedroso y el liderazgo de Alejandro Villanueva Plata. El desplazamiento del líder de los nacionalistas criollos al tercer lugar en la escala jerárquica obedeció, sin duda, a la reestructuración de los poderes en la España franquista y al deseo de sus máximas autoridades de solidificar la cohesión de la derecha hispana, pese a lo cual la parte afiliada al CNE se mantuvo reticente a integrarse en el tradicional esquema de partido único y optó por continuar las orientaciones de su máximo líder.

El derecho a conservar su autonomía se justificaba por la capacidad de ingreso y egresos de la entidad, superior a la FET y de las JONS, apenas 70 pesos en caja en agosto de 1938, cuyo resumen pormenorizado de las contribuciones hasta julio de 1938 dio a conocer el *Diario de la Marina*.

Circunscrito a su inicial función recaudadora, el CNE secundó las iniciativas de Espelius Pedroso y Villanueva Plata, patrocinadores y voceros de los cuatro eventos de mayor relevancia durante el Segundo Año Triunfal (1938): el Plato Único (14 mayo), la misa en el Colegio de Belén (17 julio), la misa por la festividad de Santiago Apóstol (25 julio) y la misa por José Antonio Primo de Rivera (21 noviembre).

A pesar de su declive protagónico, el comité se convirtió en la primera entidad en solicitar al presidente cubano Federico Laredo Bru el reconocimiento a la «nueva España». Mezcla de intereses económicos e históricos, el documento, fechado el 11 de febrero, buscaba otorgarle a la mayor de las Antillas un liderazgo en el concierto de las relaciones interamericanas, intento que al verse frustrado, al menos por la rapidez exigida, impulsó al CNE y a la Comisión de Damas a celebrar la rendición de Madrid en su local social de La Habana Vieja.

Con la participación de Auxilio Social y la Falange, la cita huérfana de un impacto social revistió un carácter íntimo y formal, notable en esencia por la promoción de la venta de Bonos de la Victoria. Bajo el lema «*Ni un hogar sin lumbre. Ni un español sin pan*», la campaña de tributación nacional estaba destinada a socorrer a la población civil hispana y reconstruir la «España inmortal».

Confirmado oficialmente el fin de la guerra por Miguel Espinós –nuevo representante franquista en la isla y sucesor de Miguel Espelius–, el movimiento pro República española animó sus filas para recibir con modestos honores a los milicianos repatriados y algunos líderes de la extinta República española. La derecha hispano-cubana, en cambio, hizo gala de sus influencias radiales y espacios públicos para homenajear a María Josefa Argüelles, Elicio Argüelles Pozo y al CNE.

El 17 de abril, en recepción íntima, se congratuló a la marquesa de Argüelles. En pomposa ceremonia, su medio hermano fue agasajado la noche del 24 de junio en el Teatro Nacional; mientras Sacramento Marina asumía la organización del tercer convite a bordo del *Marqués de Comillas* (10 de noviembre).

De la mano de los festejos, el CNE reactivó la propaganda escrita con la venta del compendio histórico del «glorioso movimiento», la edición extraordinaria del rotograbado del *Diario de la Marina*, dedicada al triunfo del ejército nacionalista, y los cablegramas de felicitación enviados a Burgos con ocasión del desfile de la victoria en Madrid y del reconocimiento del gobierno franquista por la mayor de las Antillas. Asimismo, a petición de Francisco Franco organizó la Comisión Pro Reconstrucción de España Manuel Arnús, último empeño que motivó su disolución el 23 de mayo de 1940.

## **6. Los componentes discursivos de la derecha fascista de concepción, pero no de estilo**

El instrumental teórico de la derecha hispano-cubana presupone para una mejor comprensión el análisis del CNE y la FET y de las JONS. Excluimos de este estudio a la CEDA, la Casa de España y el Comité Pro Ejército Salvador de España por sus efímeras vidas y el insignificante arraigo en el desarrollo del conservadurismo insular.

En el caso del CNE resalta su pregonado «apoliticismo», entendido como la negación a afiliarse a los pequeños grupos de la derecha surgidos al calor de la guerra y el uso del término «nacionalista» que, en palabras del general Emilio

Mola Vidal, simbolizaba la antítesis de marxista «o sea, que se pone la soberanía de la Patria y el sentido de la unidad nacional por encima de toda otra idea» (Colectivo de Autores, 1937: 20).

Este nexo explica, por consiguiente, el compromiso con los militares insurgentes y su principal caudillo, responsable ante Dios y la historia de salvar a la Madre Patria del régimen republicano antiespañol, destructivo y promotor de la lucha de clases, y evitar la expansión moscovita por el continente americano.

Desde luego, la confianza en Francisco Franco —«el *Guillermo Tell de España*, el *Cid de la reconquista* y el *Velarde de la independencia*»— y en la «cruzada española» se proyectaba más allá de un presente inmediato. En él recaía el cometido de devolverle a España la grandeza imperial, las glorias pasadas y, por si fuera poco, consolidar los principios básicos de la tradición cristiana: familia, individuo y religión, mancillados según los principales voceros del CNE por el «virus rojo», enemigo mortal de una sociedad estructurada sobre vínculos espirituales.

En consecuencia, tal visión introducía como complemento la interpretación maniquea de las dos Españas irreconciliables de Marcelino Menéndez Pelayo: la España verdadera fundida en el amor a Dios y el orden divino, y la anti-España destructora de la personalidad histórica de la nación.

La primera, el arquetipo a implantar una vez finalizada la guerra, se concebía desde la base del sistema corporativista que, aunque de moda entre las derechas europeas, presentaba matices particulares en el caso español: «Afirmamos el corporativismo, no en el sentido fascista, no en cuanto corporación sea una imposición del Estado, sino por el contrario, un Estado que se comprometa a respetar, auxiliar y velar las corporaciones nacionales que nacen a la vida por una necesidad social...».

Al margen de los tonos propios de cada nación y «la factura amable, paternal, ordenada y nacional de este Estado», la imposición de la democracia jerárquica por encima de la democracia aritmética o de número obedecía a la concepción mussoliniana de la predestinación de las élites a ocupar los puestos rectores de la sociedad, y al derecho inmanente de los mejores a gobernar. En opinión del *Duce*, el número era opuesto a la razón y la historia había demostrado las ventajas de las pequeñas minorías en el poder (Mussolini, 1936), a lo que agregaba Francisco J. Almodóvar: «... nada más flaco de sentido que suponer legítimo el gobierno de las mayorías».

Por consiguiente, en esta «fórmula salvadora» encontraban los «nacionalistas» criollos la clave eficaz para eliminar la lucha de clases y fomentar el nexo tradicionalista, cuya definición textual de la doctrina fascista exponía como suyas el periodista cubano Antonio Gornes en las páginas del Diario de la Marina: «Es tradicionalista porque, fuera de la historia, el hombre no es nada y dentro de ella, encuentra los recuerdos y glorias del pasado, el idioma, las costumbres y las normas del vivir social» (Gornes, 1937: 29).

A tono con el recurrente sentir hispanista, merece un aparte la labor publicitaria de la revista *Ecos de Belén* del Colegio de Belén. El calificativo de

España como «madre generosa que os crió y dio su sangre, su civilización y su maternidad augusta» se fusionaba con una idea más sorprendente: «Sin el descubrimiento, ¡qué hubiera sido de los habitantes de Cuba! ¡Sumidos para siempre en las tinieblas del paganismo! Fue el gran navegante el portador de la luz del Evangelio que había de iluminar las conciencias de los pobrecitos indios, abriéndoles las puertas de un mundo mejor: el mundo espiritual».

Este parecer era sólo expresión de la manifiesta hispanofilia del claustro jesuita incentivada en los planes de estudio y en las secciones de la Academia Literaria Gertrudis Gómez de Avellaneda, dirigida por el padre José Rubinos. Aun cuando la Iglesia católica se mantuvo distante del movimiento asociativo hispano-cubano, y sin interrumpir las frecuentes ayudas monetarias a la zona rebelde, el discurso surgido de la institución convergió con el de los «nacionalistas» cubanos en puntos clave como: la conservación de la misión histórica de España en sus otrora colonias y la defensa de la raza hispánica.

Pero volviendo al tema del CNE, conviene señalar aquí la marcada influencia del vocabulario y del ideario fascista, no así su estética y simbología. Entiéndase: saludo brazo en alto acompañado del recurrente canto del himno falangista *Cara al Sol*, además del uso del uniforme azul marino, la boina roja y el emblema del yugo y las cinco flechas, particularidades que permiten bautizar al grupo como una derecha fascista de concepción, pero no de estilo, aun después de la aplicación en Cuba del Decreto de Unificación.

Su autonomía como entidad le permitió mantener hasta el final de la guerra un discurso de claro enfoque anticomunista, católico y tradicionalista, más cercano a la búsqueda de modelos pretéritos para fundamentar la acción política del presente de entonces. Asimismo, reforzó la imagen del español hidalgo y del caballero cristiano en aras de legitimar desde la historia la justicia, el valor legendario y las raíces guerreras del pueblo español.

## **7. Móviles teóricos de la derecha fascista de concepción y estilo**

Contrario a los «nacionalistas» criollos, a partir del 18 de julio de 1936 los falangistas insulares se subordinaron de inmediato a la Junta de Mando Provisional de la FE de las JONS en Burgos y a Manuel Hedilla Larrey, único líder de la zona rebelde que hasta su destitución mostró un interés particular por sus seguidores de la mayor de las Antillas. A tal efecto, su protagonismo creció en detrimento de la figura de Francisco Franco, que inmerso en la conformación del rudimentario sistema de gobierno, hizo caso omiso al nacimiento de las microfracciones en Cuba.

De esta suerte, aunque la FE logró conservar su autonomía como entidad, además de los atributos distintivos: la bandera roja y negra y el himno *Cara al Sol*, la propaganda sólo alcanzó a reproducir la plataforma programática peninsular y enunciar un escueto discurso anticomunista como atractivo de filiación.

Roto el marasmo informativo, tras la aparición de la revista *¡Arriba España!* a mediados de 1937, comenzaron a aflorar las primeras fórmulas justificativas del golpe de Estado contra el gobierno del Frente Popular: «... esta guerra era necesaria porque es una guerra de civilización». Sobremanera importante resultó el papel providencial que el santanderino Francisco de la Vega González le otorgaba a España como nación escogida para redimir *el mundo civilizado de todos sus peligros*. Adviértase que, por igual fecha, el CNE personificaba esta misma misión en la figura de Francisco Franco.

El impreso se detuvo, además, en el análisis de la etapa republicana calificada como «símbolo del terror», y en la crítica hacia los «pseudointelectuales» o «derrotistas» de la generación del 98, acusados de denigrar a España por su falta de fe en el resurgimiento de la patria, luego de la consumación del desastre americano. Asimismo, ocupó un espacio singular el proyecto de los militares sublevados y la exaltación de la figura del obrero manual, Manuel Hedilla Larrey, cuya propaganda en España estuvo muy a tono con la estrategia de su equipo de asesores, resuelto a eliminar el carácter provisional de la entidad, ampliar la apoyatura social y hacer de la Falange la única fuerza del Estado en la zona insurgente.

En igual sentido, es significativo resaltar la precariedad teórica de los redactores del primer número del impreso falangista conservado en la isla. Las claves del cambio deben buscarse en la aplicación del Decreto de Unificación y en la llegada de Alejandro Villanueva Plata, encargado de cimentar mediante el estudio y la propaganda dos ideas medulares: «*España como unidad de destino en lo universal*» y la sindicalización vertical como organización superior a los intereses individuales de grupo y de clase.

La primera, uno de los ejes centrales de la construcción ideológica joseantoniana, sintetizaba la vocación imperial de la nación desde la remota época de los Reyes Católicos hasta el proceso de la Reforma protestante cuando, resquebrajada la unión de la cristiandad, la Madre Patria optó por el catolicismo y emergió «*luz de Trento*» y «*martillo de los herejes*». Partiendo de este papel determinante en el devenir histórico del viejo continente, los falangistas de Cuba reclamaban para España un puesto preeminente en Europa y su condición de eje espiritual del mundo hispano, muy distante de pretensiones territoriales o geográficas.

La segunda idea, por su parte, recibió una atención priorizada en la columna *Doctrina Nacional Sindicalista*, que el *Diario de la Marina* puso a disposición de Villanueva Plata durante los primeros meses de 1938. Entre los aspectos a considerar destaca el interés del firmante por demostrar, a partir de la confluencia armónica patrón-técnico-obrero, la importancia del sindicalismo piramidal y jerárquico en el aniquilamiento de la lucha de clases.

A los ojos de los lectores, la Falange se presentaba no sólo como la anti-clase social de *cara siempre al obrero*, sino como el partido abocado a reinsertar España en el concierto de las naciones libres y distantes de la «influencia roja».

Dentro de este cuadro de aspiraciones nacionales, el nuevo Estado totalitario garantizaría la integridad de la nación frente al federalismo republicano y el aniquilamiento de las tendencias políticas.

Menos explícitos resultaron ser los acápites relacionados con la reforma agraria, la nacionalización de la banca y los problemas de la educación, así como el carácter paramilitar de la Falange y el uso de la violencia organizada *para dar triunfo en la práctica a la razón teórica*. Este último aspecto enunciado, pero no desarrollado al estilo español en cuanto a la dialéctica de los puños y las pistolas recomendada por José Antonio Primo de Rivera, serviría de fundamento a los opositores del falangismo insular para solicitar la ilegalización de la asociación entre 1940 y 1941.

Con mayor detenimiento, el Decano de la Prensa reprodujo y comentó los cuatro primeros puntos de la plataforma programática del partido FET y de las JONS de España referentes a la nación, la unidad y el imperio, que más afines con el pasado colonial evidenciaban el deseo de la España nacionalista de legitimar el sentido espiritual del «movimiento» en las tierras de ultramar y fomentar entre sus simpatizantes la voluntad y la fe *de elevar a España, de ponerla arriba, de creer en ella y de amarla*.

Así, la teoría falangista en Cuba cedió poco a poco terreno a una cuestión medular: la formación práctica y la educación política de sus afiliados. Como consecuencia, en septiembre de 1937 aparecían las fotos del primer ejército de «camaradas» rígidamente disciplinados y uniformados, que brazo en alto tarareaban el himno *Cara al Sol* y terminaban con los rituales gritos de Franco, Franco, Franco y las tres réplicas tradicionales de España. ¡Una!, ¡Grande! y ¡Libre!

Desde luego, estos actos de marcada simbología, estética y coreografía fascistas, tanto en el lenguaje como en la gestualidad de sus oradores y asistentes, permiten observar no sólo la diferencia del segundo grupo conservador que aquí se analiza: una derecha fascista de concepción y de estilo, sino que permiten compartir el criterio del politólogo Serra Rojas (2001), cuando afirma que el falangismo fue más bien una ideología de tipo práctico que teórico. Nada sorprendente si se tiene en cuenta además, la visión que de este mismo fenómeno comparte el historiador Pierre Vilar: «... la masa engullida en la Falange, más que una ideología, asimiló una mentalidad: amor al uniforme, mando y obediencia...» (1990: 128).

En tal sentido, ambas percepciones fundamentan el carácter pragmático de la «era azul» en Cuba, decidida a cimentar en el imaginario popular de la derecha hispana: la consustancialidad del Estado español con la Falange y la pertenencia identitaria hacia su nación de origen, a través de la difusión del significado histórico de la iconografía de la «nueva España» y las principales efemérides patrióticas de su calendario oficial de festejos. Ritualidad escenificada por las milicias falangistas y el cuerpo diplomático: el 20 de noviembre (Día del Dolor), el 18 de julio (Día del Valor), el 12 de octubre (Día de la Raza) y el 1.º de abril (Día de la Victoria).

Como tarea priorizada la revista *¡Arriba España!* publicó el *Decálogo para los camaradas del exterior*, compendio disciplinario de obediencia al Caudillo, hermandad entre los miembros de la FET y de las JONS de Cuba, fe por el triunfo de los ideales hispanistas y culto perpetuo a José Antonio Primo de Rivera, quien desde noviembre de 1938 había dejado de ser *el Ausente* para convertirse en un mito, presente únicamente en las paredes de la España vencedora.

Sus páginas resaltaron, además, la imagen mesiánica de Francisco Franco, «el hombre admirable a quien Dios confirió la más alta posición en los destinos de su patria y el porvenir de la civilización occidental frente a la amenaza de la “barbarie asiática”». Por debajo del Generalísimo aparecían los nombres de Primo de Rivera, quien *enseñó a España el modo de recobrar el destino perdido*; Onésimo Redondo, fundador de la Junta Castellana de Actuación Hispánica; Marcelino Menéndez Pelayo, padre espiritual de la «nueva España»; y Ramiro de Maeztu, uno de los pocos intelectuales de la generación del 98 que estuvo a salvo de las demoledoras críticas falangistas.

Terminada la guerra, las plumas de Eugenio d'Ors, Dionisio Ridruejo, Agustín de Foxá y Julián Pemartín, destacados intelectuales de la primera etapa del franquismo, se encargarían de vivificar en el impreso cubano el mito del bando vencedor y todo su quehacer en el proceso de reconstrucción nacional rumbo a la grandeza imperial española.

## 8. Conclusiones

La guerra civil española se inscribe como uno de los sucesos de mayor resonancia mundial del siglo xx. Una nación dividida y dos continentes polarizados fue el saldo inicial de la crisis del sistema republicano, que a pesar de sus errores había logrado sortear la inestabilidad política en aras de prevenir el inevitable derramamiento de sangre.

En medio de esta situación altamente polémica, la sociedad cubana, y de manera particular su colonia hispana, reflejó de inmediato la conmoción del drama español al tomar partido por las tendencias en pugna. En el caso de los partidarios del bando nacional o rebelde, desde el comienzo de la guerra, su voluntad de unidad se vio entorpecida por la diarquía falangista, las disputas entre las diferentes microfracciones sujetas a sus líderes naturales y el *laissez-faire* del alto mando insurgente enfrascado en la estabilización de los frentes de combate.

Carente de una experiencia asociativa de corte político, a excepción de la CEDA y la inexperta FE de las JONS, la derecha española residente en Cuba no tuvo más opciones que elaborar de manera acelerada un organigrama de acción para imponerse en un escenario gubernamental contestatario a la sublevación militar. Pero entre julio de 1936 y agosto de 1937, la búsqueda de una preeminencia hegemónica dentro de la colonia española dominó su capacidad conciliatoria, lograda sólo con éxito por el Comité Nacionalista Español, gracias al acierto de su pregonado «apoliticismo» y a la integración de potentados co-

merciantes hispanos y relevantes figuras cubanas en su Junta Directiva. Muestra de la cohesión grupal fueron las cuantiosas ayudas materiales y monetarias enviadas a la península, así como la implementación de una plataforma radial, publicitaria y asociativa a lo largo y ancho de la isla.

El giro copernicano del grupo pro franquista sobrevendría luego del Decreto de Unificación y la ilegalización del Círculo Socialista Español, Izquierda Republicana Española y el Círculo Republicano Español. Eliminados entonces sus adversarios internos, Francisco Franco logró una vertebración programática y teórica entre el CNE y la FET y de las JONS de Cuba, apasionados apologetas del naciente régimen y defensores por excelencia del irreversible triunfo de la «España verdadera» frente a la anti-España.

Fascistas por convicción, ambas entidades convergían en su férrea crítica a la democracia del número, al sufragio universal, al sistema pluripartidista, a la lucha de clases y a los separatismos locales. Desde esta óptica no debe perderse de vista el diseño estatal de una estructura jerárquica y corporativa, la defensa de un nacionalismo unitario, la evocación al pasado imperial, además de la campaña periodística cuya cobertura publicitaria popularizó el eslogan de guerra antimarxista, el *leitmotiv* de cruzada cristiana y el mote de rojo para el soldado republicano, hasta la derrota de la Segunda República española y la instauración de la «nueva España».

## Fuentes y bibliografía citadas

### Fuentes periódicas

*¡Arriba España!*, La Habana, 1937, 1938-1940.

*Diario de la Marina*, La Habana, 1936-1940.

*Ecos de Belén*, La Habana, 1938.

*El Avance Criollo*, La Habana, 1937.

*Gaceta Oficial de la República de Cuba*, La Habana, 1937.

### Fuentes de archivo

Archivo Nacional de Cuba (ANC). *Fondos*

*Secretaría de Estado*.

*Registro de Asociaciones*.

*Especial*.

## Bibliografía

- AGUINAGA, Enrique de, y PAYNE, Stanley G. (2003). *José Antonio Primo de Rivera*. Barcelona: Ediciones B Grupo Zeta.
- ARRARÁS, Joaquín (1937). *Franco*. Habana: Imprenta Fernández Solana y C<sup>a</sup>.
- CHASE, Allan (1943). *Falange. El ejército secreto del Eje en América*. S.I.: Editorial Caribe.
- CHONGO Leiva, Juan (1989). *El fracaso de Hitler en Cuba*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- COLECTIVO DE AUTORES (1937). *España y el nacionalismo*. S.p.i.
- CUELLAR, Froilán F. (1955). *Las asociaciones y su legislación*. La Habana: Centro Técnico de Corredores de Negocios.
- FEDERACIÓN ESTUDIANTIL UNIVERSITARIA (1945). *Criminales de guerra*. La Habana: Comité Universitario Pro-República Española.
- FIGUEREDO CABRERA, Katia (2008). «La polémica educacional de los 40. Escuela privada y cubanización de la enseñanza en Cuba». *Temas*, Cuba, 56, pp. 184-195.
- GARCÍA ÁLVAREZ, Alejandro (1990). *La gran burguesía comercial en Cuba 1900-1920*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- GIL ROBLES, José María (1968). *No fue posible la paz*. Barcelona: Ediciones Ariel.
- GORDÓN ORDÁS, Félix (1965). *Mi política fuera de España*. México D.F., s.e., t. I.
- GORNES, Antonio (1937). «De regreso al Imperio». En Colectivo de Autores. *España y el nacionalismo*. S.I., s.e., pp. 25-43.
- MUSSOLINI, Benito (1936). *La doctrina del fascismo*. Florencia: Vallecchi Editore.
- NARANJO OROVIO, Consuelo (1988). *Cuba, otro escenario de lucha. La Guerra Civil y el exilio republicano*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos.
- PARDO SANZ, Rosa María (2008). «Hispanoamérica en la política nacionalista, 1936-1939». En <http://e-spacio.uned.es>, consultada el 12 de diciembre.
- PAYNE, Stanley G. (1956). *Historia del fascismo español*. S.I.: Ediciones Ruedo Ibérico.
- PEMARTÍN, Julián (1948). *Teoría de la Falange*. Madrid: Ed. Sección Femenina.
- PRESTON, Paul (2005). *Franco, caudillo de España*. Barcelona: RBA, Coleccionables.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis (1997). *La extrema derecha española en el siglo xx*. Madrid: Alianza Editorial.
- SERRA ROJAS, Andrés (2001). *Diccionario de Ciencia Política*. México: Fondo de Cultura Económica, t. II.

- TABANERA, Nuria y otros (1987). «La intervención política de los sublevados en Hispanoamérica: El papel de la Falange». En: Ruiz-Manjón Cabeza, Octavio, y Gómez Oliver, Miguel. *Los nuevos historiadores ante la Guerra Civil española*. Granada: Editorial Diputación Provincial de Granada, pp. 135-144.
- VILAR, Pierre (1990). *La Guerra Civil española*. Cuba: Edición Revolucionaria.